LAS HOJAS DE ACANTO
(Miró, la amistad, los años, las leguas)

Puedo recordar con precisión por qué empecé a leer a Miró. Puedo recordar también quién me enseñó a leerlo, y cuándo. Mi situación es privilegiada: tiempo detenido, nostalgia de la tierra prometida, impaciencia por la diáspora, amigos dispersos, convertidos en memorias dolientes por los años y las leguas. Han pasado dos décadas, pero quiero creer que nada ha pasado. Lo veo llegar —no como ayer, porque todo entre nosotros es ayer—; lo veo acercarse y decirme que está triste, con el alma pesada como un fardo. Se siente en trance de fracaso, o sea en trance de darse cuenta de sus límites; sabe que ha perdido algo, dígase inocencia, ilusión, tiempo o sueños; y me mira fijamente y me pregunta si vale la pena ser generoso, entregarse, dejar nacer un entusiasmo sólo para que muera entre mezquindades, entre palabras oxidadas y corazones de piedra; sólo para que nuestra hoja de acanto resulte, ante los ojos ajenos, mata carnera.

Permanezco callado, esperando su explicación. Temo ser yo también esos corazones de piedra y esos ojos ajenos. Entonces me cuenta la breve historia que aparece en *El libro de Sigüenza.* Una historia minúscula y tan tenue, que casi no parece historia. Es apenas perfume, rastro levísimo, desazón oculta en ese ritmo lento dictado por el respeto, y que se llama pudor. Sigüenza había cortado dos hojas de acanto, se había regocijado mirándolas, repitiéndose el nombre, soñando con Grecia adorada, viéndola «dulce y risueña delante de su alma». Pero un mercader ha visto en esas hojas «mata carnera», buena para calmar el mal de estómago. Y un amigo le ha informado que eran hojas de hierbas medicinales, y que su mujer las cocía con gordolobo «y que esta fusión muy caliente hacía sudar los romadizos». Y Sigüenza sintió amargura, desaliento, deseos de rendir un «amoroso desagravio» a las hojas de acanto.

Así de triste está mi amigo. Ha salido a la calle con lo que él creía hojas de acanto, y las ha mostrado a sus semejantes, pero sus semejantes han visto nada más que mata carnera, gordolobo, hierbas buenas para el mal de estómago. Pocas veces había podido descu-

brir yo sus tristezas, porque las celaba y escondía con tenacidad, y las dejaba disolverse en su sangre alegre. Pero ahora no valían sonrisas ni rebeldías. Ahora era la tristeza multiplicada, reflejándose en el espejo de un texto querido. Era la tristeza que venía para confirmarse, la experiencia vivida por Miró y delegada en Sigüenza, y que estallaba en el pecho de mi amigo. «¿Qué nos queda —me dice— sino repetirnos como Sigüenza el nombre de las hojas de acanto, defender con dolor, con orgullo, con desesperación, esa porción de fe que nos corresponde?»

Así aprendí a conocer a Miró. No hubo profesores, ni críticos, ni resonancias de otras lecturas: Miró entró en mi vida por la fuerza de aquel episodio, por la grieta donde sangraba la conciencia de un hombre. Leí despacio las estampas de *El libro de Sigüenza,* las secuencias de *El humo dormido;* suspendí por un tiempo tales lecturas, las dejé caer en el olvido, acudí a otras páginas divergentes, y aun contrapuestas. Volví al cabo de los años a leer a Miró con asiduidad, a repasar las escenas de Belén o los capítulos de la traición de Judas y del Gólgota. Examiné sin prisa las novelas y me asombré ante la atmósfera erótica de *Las cerezas del cementerio* y de *Niño y grande.* Y tuve —y tengo— por *Años y leguas,* el más denso y maduro de sus libros, una especie de veneración recurrente. Acudo a él cuando me hastía ese lenguaje cotidiano que no tiene raíces, esa jerga de la comunicación masiva que se ha convertido en emporio de la imprecisión y en hervidero ensordecedor de rumores, de saberes a medias, de retazos y ecos, de frialdad calculada para rodearnos de fantasmas. ¿Es necesario decir que releo a Miró cada día con más frecuencia, como un sediento? Su prosa me devuelve el sentido de las cosas concretas y el arte incomparable de nombrarlas por sus nombres exactos. Las frutas de sus evocaciones y de sus estampas rezuman sabor, olor, color de criatura viviente; las flores están reconocidas en su individualidad inconfundible; cada crepúsculo, cada mañana o cada noche tienen sus cielos, sus nubes y sus estrellas; sus sonidos repercuten todavía en mi memoria, rumores de océanos, de vientos y de trigales, sirenas de un barco deslizándose por aguas quietas, cencerros y balidos lejanos en la tarde, voces de todos los días en las habitaciones solitarias del verano. Hay dolores y vidas frustradas, almas de provincia que sueñan con destinos imposibles, tedios sobrellevados con dignidad callada, furias repentinas capaces de heroísmo o de violencia sórdida, hombres y mujeres que se miran envejecer, o vejeces que aparecen de golpe, en medio de la fiesta de la vida. Pero cada dolor encuentra la redención del vocablo misericordioso. Miró es exacto por conmiseración y por amor. Amor al lenguaje y a

los seres que lo rodean. La perfección impecable, que Ortega juzgó implacable, es un acto de misericordia que muy pocos han comprendido todavía. No es escritor de moda, se ha dicho, y probablemente no lo será nunca. Hay tiempos en que es imposible leerlo; hay tiempos que impiden hojear sus libros, beber a sorbos las aguas hermanas de su prosa, siempre dispuesta —en la complacencia de sí misma— a complacer y socorrer a los sufrientes. Pero hay tiempos en que es forzoso leerlo, y esos tiempos se parecen al suyo: detención de todos los instantes, aires en suspenso, luces y sombras que transcurren por las huellas de siempre. Es decir, tiempo sin tiempo. Cuando se ha llegado a la edad de la insuficiencia, entonces es bueno leer a Miró. Insuficiencia del lenguaje; insuficiencia del querer, porque se han ido los amigos, los días, los padres; insuficiencia de esperanzas, porque los poderes organizan sus mundos para aventar el más humilde propósito esperanzado. Cuando se ha empezado a medir el espesor del sufrimiento, las capas barrosas de un padecer sin estridencias, entonces se lee a Miró. Por sufrir he ido a él; y he salido de él también para sufrir: la admiración que he soñado general no lo es. Hay cargos contra Miró, hay vetos y reservas. No es novelista, se pensó; frena la acción, inmoviliza a sus personajes, no les otorga un habla propia. Es paisajista, se dijo; abusa de la descripción y del registro de sensaciones. Y se objetó su léxico inesperado, sus excesos de precisión, su familiaridad con los diccionarios.

Fue, para muchos, un estilista brillante, y nada más; y lo arrinconaron en el territorio exiguo de los que pulen frases por pobreza íntima, por falta de energía vital, por gusto de exhibir riquezas formales. Compartió de ese modo la suerte de los más grandes y puros, a quienes se ha reprochado el máximo pecado de las letras: caer en ejercicios de estilo. Así van quedando relegados tantos autores que son la sal de la historia de la prosa. ¿Quién relee a Fray Luis, Nieremberg, a Gracián? ¿Quién revisa a Jovellanos, a Cadalso, al Bécquer más noble, al corresponsal ensimismado que sorprendemos en *Desde mi celda?* Contra Montalvo y contra Rodó, ¿qué no se ha dicho? No han de ser muchos los que recuerden a Martí como el más prodigioso prosista del idioma. Menos han de ser quienes disfruten con alguna página antológica de la Pardo Bazán, de Juan Valera, de Clarín. Maragall y D'Ors han dado al idioma español los acentos más luminosos y equilibrados. Azorín, Unamuno, Manuel Díaz Rodríguez, Luis Cardoza y Aragón, Enrique Anderson Imbert, Mariano Picón Salas: ¿para qué seguir? Se ha hecho de la lectura un hábito de continuidad; los lectores devoran sin reposo, quieren grandes bloques, conjuntos, estructuras. Y se ha perdido, tal vez, la práctica de

la lectura fragmentada. Es la que prefiero, porque se parece a una conversación de amigos, y tiene mucho de las meditaciones intempestivas de quienes han vivido trances de adoración. Me basta elegir un libro, abrirlo al azar, buscar entre sus páginas, detenerme en una escena, un período o una frase. No hay por qué invertir horas enteras. El estilo puede ser cualquier cosa, salvo prolongación. El estilo es un trago breve, discreto, sin prisa. Es paladeo, vaivén del texto al ambiente que nos circunda, paciencia para con el hombre que fuimos. El estilo es memoria, y la memoria vive su vida secreta en libertad. Así leo a Miró, en fragmentos; y no creo que sea mérito menor alcanzar la grandeza por fragmentos. ¿Quién puede jactarse de conquistar la totalidad? Chopin no es menos maravilloso que Wagner; un soneto de *La vita nuova* no es menos admirable que la secuencia de tercetos de la *Commedia*. Miró, gozado en párrafos o frases, en nada desmerece ante la epopeya galdosiana de los *Episodios* o ante las animadísimas peripecias de las novelas de Baroja. Las hojas de acanto conservarán su jerarquía a condición de darles el trato que su naturaleza requiere. Y las páginas de Miró, desconocidas o mal miradas por el mundo, son nuestras hojas de acanto. Las lecturas, como las frutas, son hijas de su estación. Por desdeñar verdad tan elemental y prudente, la crítica suele herir las admiraciones justas, los fervores espontáneos.

Leo a Miró porque no es —precisamente— novelista convencional, porque sabe ver la realidad tangible, porque me obliga a extender las fronteras de mi lenguaje, que son al fin las fronteras de mi universo particular. Leo a Miró emancipado de la historia y de la geografía, sin encadenarme a la generación que le tuvo en sus filas ni al suelo donde vio la luz y aprendió a hablar. Leo a Miró en este Montevideo de 1979, y cada texto suyo es como breviario de ausencias, y aproximación renovada de aquellas hojas de acanto. Mi amigo está muy lejos, en algún país del continente. A veces me llegan noticias suyas, y presumo que quizá le lleguen una o dos palabras mías. Mientras, cuido las hojas, como Sigüenza, las riego, dejo que el sol las bese un momento —las pocas mañanas que por aquí sale el sol— las escondo si invaden los nublados y se pone a llover, o si sopla el pampero, única presencia activa en mi contorno. Vivo así mirándolas, confiando en que un día regrese mi amigo y compruebe que no hay ni hubo nunca mata carnera ni gordolobo. He aprendido a leer a Miró, he estado leyéndolo todo este tiempo, y no ha habido página hermosa que no deba agradecer. He leído, por comunión, sin recibir exhortación ni consejo, como si participase en un rito o en una ceremonia de evocación, de piedad y de ternura.

He estado rumiando la desazón de mi amigo, cuando anduvo entre las gentes con sus hojas de acanto. Y he puesto mi pensamiento en él sabiendo —como enseñó Roberto Juarroz— que pensar en un hombre se parece a salvarlo.

ALEJANDRO PATERNAIN

Beyrouth 1274
Montevideo (URUGUAY)